

## **RESEÑAS**



**Los medios de comunicación y la sociedad educadora. ¿Ya no es necesaria la escuela?**

Álvarez, Alejandro, Bogotá: Magisterio-UPN, 2003.

Por Guillermo Bustamante Zamudio<sup>99</sup>

El subtítulo del libro de Alejandro Álvarez señala hacia una investigación anterior (... y *la escuela se hizo necesaria*) en la que vemos la manera específica como el dispositivo escuela se implementó en Colombia; cómo se hizo necesario sin serlo per se. Ahora nos invita a pensar si en este momento la escuela está dejando de ser necesaria. Histórica como es, perfectamente puede desaparecer, pese a la nostalgia o las exigencias de quienes hemos sido producidos cuando ya ella estaba vigente (o sea, producidos por ella, en gran medida), razón por la cual no sólo nos parece necesaria, sino sobre todo natural e inmovible. Toda sociedad educa, dado el estatuto convencional de sus prácticas; pero no toda la educación, ni siempre, ha sido dispensada desde el dispositivo escuela.

En su nuevo texto, Álvarez señala que la escuela nació bajo la duda de su eficacia, pertinencia y utilidad; por eso siempre se la quiere reformar, evaluar, ajustar a “nuevos” desafíos o requerimientos (como iniciativa incluso de quienes la hicieron aparecer como necesaria). Así, la escuela en Colombia parece débil frente a los medios de comunicación, desde que estos irrumpieron a comienzos del siglo XX, cuando la ciudad comenzaba a producir nuevas maneras de pensar(se) los sujetos. Dos reacciones parecen apuntar en direcciones contrarias.

“Hacia atrás” apunta la reacción que señala que, como los medios son simplificadores, empobrecedores culturales, entonces obligan a delegar la necesidad de pensar; en consecuencia, gracias a los medios la decisión moral se va a confundir con lo agradable, y la decisión racional se va a dar por la simpatía hacia lo sensible y lo afectivo. Denuncias a favor de verdades absolutas y de valores incuestionables hacían consistir la sensación de que radio, cine y TV podían imaginar la realidad y hacer dudar de cualquier certeza, sin que alguien pudiera controlarlo.

Pero también estaba la reacción que apuntaba “hacia adelante”: gracias a los medios, tendríamos un nuevo sujeto cognoscente: ya no el hombre tipográfico, con una imagen lineal y fragmentada de la realidad, producto de caracteres separados y fatigantes, sino un hombre audiovisual, con una visión integral, multifacética y sensitiva, en uso de íconos atractivos y económicos. De manera que aquí se abrían dos opciones, una a favor de una escuela reformada, y otra que trascendería la escuela. En el primer caso, la escuela tenía que “adaptarse” a esta nueva situación: incorporar nuevas materias a los currículos, para lograr la necesaria alfabetización audiovisual, y cambiar el maestro transmisor por otro creador de climas socio afectivos, diseñador, conector del aprendizaje y experto en utilizar las máquinas. En el segundo caso, estaba el propósito educativo (más allá de la escuela) de enseñar fuera del aula, sin maestro, mediante la utilización de los nuevos medios. Se pensaba que, así como el libro sustituyó la enseñanza oral, los medios sustituirían la clase. La educación informal, brindada por los medios, complementaría y hasta reemplazaría la educación formal, y con más cobertura. Con todo, había que regular la función educadora de los medios, aprovecharlos con fines educativos. Para ello, había que atacar los efectos de la masificación producida por una urbanización que no sólo aglomeraba personas, sino que ponía mucha información al alcance de muchos.

---

<sup>99</sup> Profesor de la Universidad Pedagógica Nacional. E-mail: bustama@colnodo.apc.org

Sin embargo, la investigación de Álvarez muestra que los medios no acabaron con la moral, ni con la escuela, y que ésta se modificó *más allá de los buenos propósitos*. Décadas después de estas primeras impresiones, la educación formal sigue siendo eje de inversión, de expectativa, de puntos de vista disímiles. En algunas de las ideas de aquel entonces ya se pensaba que los medios brindarían el saber común (estandarización), mientras la lectura y la educación formal formarían a la élite (distinción). Con esto, la escuela se conservaba necesaria, ya que era imprescindible una formación humanística, más allá de los medios que impone la sociedad de consumo.

Si bien se veía una posibilidad del sistema educativo en el alcance masivo de los medios, había que controlar sus efectos negativos. Así, el nuevo sistema masificaba, pero debía individualizar: adaptar el modelo tecnológico a las necesidades del sujeto particular. Esta “pedagogización” de los medios se repitió en cada avance tecnológico: radio, cine, TV. Cada uno fue visto con reservas y por eso el afán de intervenirlos y regular sus efectos educativos. La imagen animada, por ejemplo, impactaría la sensibilidad (masificación), sin pasar por la razón (despersonalización). Para que la masificación, que apoya la cobertura, no estorbe la individualización, se necesita un control pedagógico de los medios. Por eso, al poner al servicio de la enseñanza los medios, siempre se pensó en una acción pedagógica sistemática: utilizarlos en forma organizada, progresiva, coordinada y programada, con el fin de adquirir conocimientos, actitudes y experiencias observables y evaluables. Es decir, al servicio de la acción intencionada pedagógicamente.

Como la información deviene producto de la industria cultural (forma de producción acicateada por los descubrimientos tecnológicos), se duda del efecto de producir, distribuir y consumir mensajes en forma masiva: positivo para una sociedad igualitaria y negativo para los pobladores de concentraciones urbanas propias de las sociedades industrializadas, que sólo pensarían en el goce, la comodidad y el ocio.

La ciudad era la infraestructura requerida por los cambios tecnológicos. En ella se fue percibiendo otro modo de ser sujetos; ella aceleró la cotidianidad, agilizó la producción, cambió los roles... procesos que fueron transferidos a los medios, que los conectaron con la lógica de una modernidad sin fronteras. La “masa” pasó de designar a las mayorías que se toman la ciudad y producen la masificación de la salud y de la educación, a designar los usuarios de los medios. Y al lado de esa “infancia”, que produjo el dispositivo escuela y a la cual estaba dirigida, nació el “público” de los medios de comunicación.